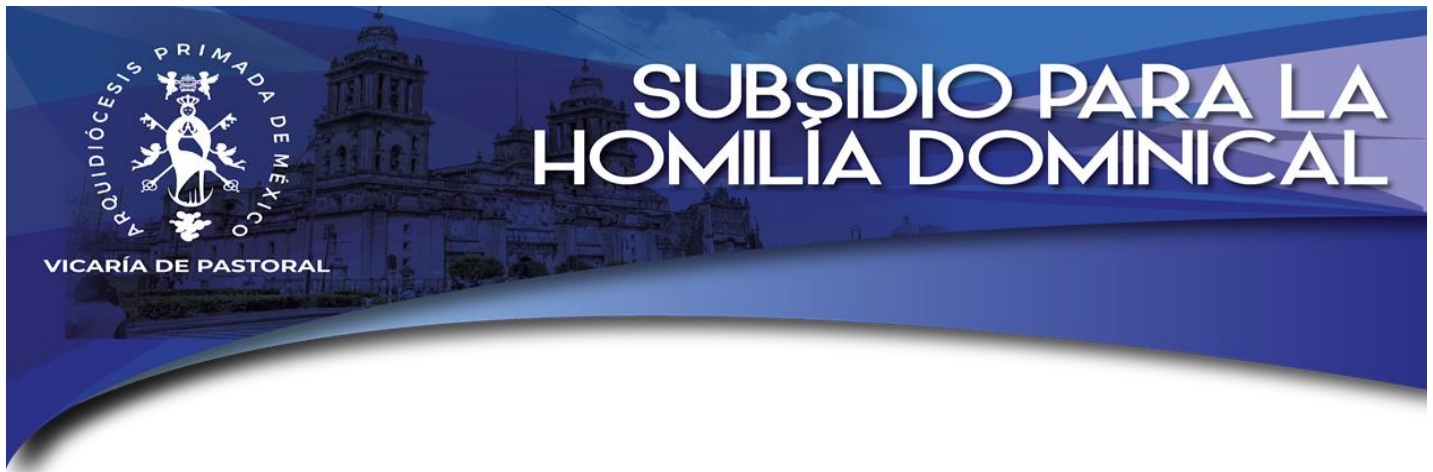


10 de diciembre de 2023
2º Domingo de Adviento Ciclo B



LECTURAS

Isaías 40, 1-5.9-11: “Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice nuestro Dios. Hablen al corazón de Jerusalén y díganle a gritos que ya terminó el tiempo de su servidumbre y que ya ha satisfecho por sus iniquidades, porque ya ha recibido de manos del Señor castigo doble por todos sus pecados”. Una voz clama: “Preparen el camino del Señor en el desierto, construyan en el páramo una calzada para nuestro Dios. Que todo valle se eleve, que todo monte y colina se rebajen; que lo torcido se enderece y lo escabroso se allane. Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán”. Así ha hablado la boca del Señor. Sube a lo alto del monte, mensajero de buenas nuevas para Sión; alza con fuerza la voz, tú que anuncias noticias alegres a Jerusalén. Alza la voz y no temas; anuncia a los ciudadanos de Judá: “Aquí está su Dios. Aquí llega el Señor, lleno de poder, el que con su brazo lo domina todo. El premio de su victoria lo acompaña y sus trofeos lo anteceden. Como pastor apacentará su rebaño; llevará en sus brazos a los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres”.

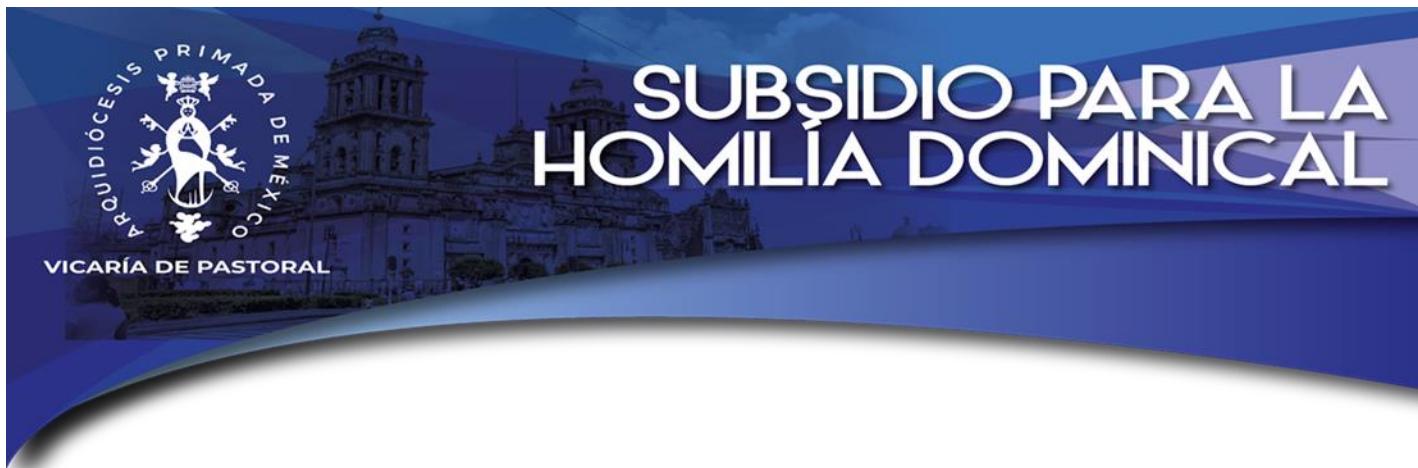
Salmo 84: Escucharé las palabras del Señor, palabras de paz para su pueblo santo. Está ya cerca nuestra salvación y la gloria del Señor habitará en la tierra. R. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos al Salvador. La misericordia y la fidelidad se encontraron, la justicia y la paz se besaron, la fidelidad brotó en la tierra, y la justicia vino del cielo. Cuando el Señor nos muestre su bondad, nuestra tierra producirá su fruto. La justicia le abrirá camino al Señor e irá siguiendo sus pisadas.



2 Pedro 3,8-14: Queridos hermanos: No olviden que, para el Señor, un día es como mil años y mil años, como un día. No es que el Señor se tarde, como algunos suponen, en cumplir su promesa, sino que les tiene a ustedes mucha paciencia, pues no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan. El día del Señor llegará como los ladrones. Entonces los cielos desaparecerán con gran estrépito, los elementos serán destruidos por el fuego y perecerá la tierra con todo lo que hay en ella. Puesto que todo va a ser destruido, piensen con cuánta santidad y entrega deben vivir ustedes esperando y apresurando el advenimiento del día del Señor, cuando desaparecerán los cielos, consumidos por el fuego, y se derretirán los elementos. Pero nosotros confiamos en la promesa del Señor y esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia. Por lo tanto, queridos hermanos, apoyados en esta esperanza, pongan todo su empeño en que el Señor los halle en paz con él, sin mancha ni reproche.

Mc 1,1-8: Éste es el principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. En el libro del profeta Isaías está escrito: He aquí que yo envío a mi mensajero delante de ti, a preparar tu camino. Voz del que clama en el desierto: "Preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos". En cumplimiento de esto, apareció en el desierto Juan el Bautista predicando un bautismo de arrepentimiento, para el perdón de los pecados. A él acudían de toda la comarca de Judea y muchos habitantes de Jerusalén; reconocían sus pecados y él los bautizaba en el Jordán. Juan usaba un vestido de pelo de camello, ceñido con un cinturón de cuero y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Proclamaba: "Ya viene detrás de mí uno que es más poderoso que yo, uno ante quien no merezco ni siquiera inclinarme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo".





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

DEL CONSUELO Y LA ESPERANZA AL COMPROMISO DEL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU

La propuesta teológica y espiritual que se descubre en las lecturas que este domingo la Iglesia nos presenta como palabra de Dios se pueden articular desde la fórmula trimembre "consolación-esperanza-compromiso". Profundicemos pues en la teología de los textos y en la consiguiente propuesta espiritual que brota de los mismos.

Los capítulos 40 a 55 del libro bíblico al que llamamos "**Isaías**" fueron escritos por un discípulo de la escuela del ilustre profeta Isaías unos dos siglos posteriores a él. Jerusalén ha sido tomada, Israel se encuentra cautivo en Babilonia, ha perdido las columnas que sustentan su espiritualidad (Templo, tierra, sacerdocio) y entonces la voz de los profetas del exilio se convierte en el resonador de la voz de Yahvé que ha de traer consuelo y esperanza al pueblo, tanto así, que esta sección del Libro del Profeta Isaías es llamada "Libro de la consolación" precisamente por las palabras con que da inicio: "**Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios**". El juicio de Dios se ha manifestado con la ruina de Jerusalén y ahora inicia el tiempo de la restauración, ya ha pagado por sus culpas y sus pecados y Dios quiere dirigir a su pueblo en un nuevo éxodo hacia la tierra que mana leche y miel, donde la gloria de



Yahvé se revelará y toda criatura le verá. La esperanza se abre camino en el corazón adolorido de Israel y un futuro luminoso se presenta ante sus ojos. Sin embargo, el profeta anuncia también que el pueblo ha de asumir un compromiso, que la acción salvífica de Dios no es magia barata de un prestidigitador, la liberación exige una respuesta y la libertad una responsabilidad.

En la vida espiritual, desde luego que la gracia tiene la primacía y la iniciativa siempre es de Dios, incluso la respuesta del hombre a las mociones del Espíritu es fruto de la gracia antecedente, pero esto no demerita en nada la libertad humana, que ha de empeñar todo su esfuerzo y voluntad para lograr una sola cosa: la completa disponibilidad para hacer la voluntad del Padre. Con otras palabras, pero con la misma intención, Santa Teresa del Niño Jesús o de Lisieux imagina a Jesús como la madre amorosa que espera en lo alto de la escalera y al hombre, como al niño pequeño que no tiene más capacidad que "subir el piecicito" al primer escalón atraído por el amor de la madre, y ésta no necesita más que eso; baja presurosa, toma al niño entre sus brazos y lo lleva a lo alto de la escalera (que evidentemente simboliza la cúspide de la comunión con Cristo, la santidad). Pero ¿en qué consiste la respuesta humana, ¿qué tiene que hacer el hombre para que Yahvé recorra el camino del corazón humano y pueda llevarlo a la libertad?

Según el segundo Isaías son cosas bien concretas: Elevar los valles y abajar los montes. Es evidente el lenguaje simbólico del profeta: Los valles simbolizan una visión meramente humana, hacen referencia a una mentalidad y a una conducta consecuente con dicha mentalidad, que se basa en criterios puramente humanos, sin referencia a la revelación positiva que Dios ha dado a Israel. Esto es precisamente lo que ha llevado al pueblo a su ruina. Ha desoído la voz de los profetas que denunciaban las alianzas espurias de Israel con los poderes del mundo, confiando más en éstas que en Dios y anunciaban la destrucción consecuente que se avecinaba (más tarde esta destrucción será interpretada teológicamente como el castigo de Yahvé ante la desobediencia del pueblo, aunque históricamente se pueda explicar como fruto de una decisión política equivocada por parte de los dirigentes de Israel).



El profeta nos invita a “elevar” nuestra visión, a interpretar los acontecimientos de nuestra historia personal, comunitaria, nacional y mundial desde las categorías de Dios. En otras palabras, interpretar la realidad desde la fe, mirar con los ojos de Dios para iluminar los acontecimientos y poder escrutar en ellos los dorados hilos con que el Señor va tejiendo su historia de salvación.

Por otro lado, el creyente es invitado a “abajar” los montes: en la imaginería bíblica, en contraposición al Monte que simboliza a Dios en cuanto se comunica con los hombres, los montes son los ídolos, toda criatura que ocupa el lugar central en la vida de los hombres; llámese dinero, poder, ideologías, creencias (incluso las religiosas) cuando son absolutizadas y desplazan a Dios como realidad polarizadora de toda ética y moral humana. En este sentido somos invitados a destruir la idolatría para que Dios pueda caminar a sus anchas por el ser del hombre.

Es así que lo que toca al hombre no es la pasividad irreflexiva que solo lleva al infantilismo y al descompromiso con la historia, sino la activa receptividad que le hace, por un lado, emprender el fatigoso camino de la espera y recepción de los dones divinos, orando y velando constantemente, leyendo desde la fe los signos de los tiempos y, por otro lado, el activo compromiso de solidarizarse con los pobres, de hacer suyo el loco proyecto del reino de Dios, a luchar con todas sus fuerzas y al lado de todos los hombres de buena voluntad por lograr un mundo más humano y justo con las únicas armas de Cristo (fe, esperanza y caridad) y a dar testimonio de las maravillas que obra Dios entre los hombres, entonces, como lo dice Isaías: ***¡Se revelará la gloria de Yahvé y toda criatura a una la verá...!*** Entonces podremos cantar con el salmista ***¡Amor y Verdad se han dado cita, Justicia y Paz se abrazan!***

Son muy interesantes las parejas que forma el salmista; Amor-Verdad y Justicia-Paz. Y es que ninguna puede existir separada de la otra; Un “amor” que no brota de la Verdad (Dios mismo en cuanto revelado) es solo vano sentimentalismo humano que no trasciende), pero una “verdad” que no brota del amor es solo una ideología parcial que no puede satisfacer el corazón humano y fácilmente puede ser absolutizada y utilizada para sojuzgar e imponer la propia “verdad” a los otros, aún a costa de su propia vida o dignidad. Tampoco puede entenderse la Justicia sin la



paz y viceversa. La Justicia bíblica consiste en dar a cada uno lo que necesita para alcanzar la plenitud y precisamente este es el significado de la paz bíblica (Shalom). Así, tierra y cielo se ven unidos en el tiempo escatológico (del cual es figura la plenitud terrestre que anuncian el profeta y el salmista) ***¡La Verdad brotará de la tierra y de los cielos se asomará la Justicia!***

El texto de **2 Pedro** pone en alerta al creyente que, a este momento de las lecturas, debería sentirse extasiado ante el derroche de gratuidad y promesas preparadas para él. Sí, la alegría y la esperanza deben llenar el corazón cristiano: *“Más una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años y, mil años, como un día. No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión”*.

La historia es el tiempo de la misericordia y la metahistoria es la hora de la justicia -dicen algunos- dando a entender que la conversión (respuesta a la gracia) solo puede darse en la historia ya que la eternidad es la fijación *“in aeternum”* de las decisiones que forjaron a la persona, ya sea para salvación definitiva, ya sea para frustración total del ser. Si bien esta afirmación teológica es cierta, no toma suficientemente en cuenta que ya en la historia se juzga a los hombres. Ante el Hijo del hombre cada uno toma postura; a favor o en contra y las decisiones libres van *“juzgando”* al hombre.

Recordemos que debemos desechar un concepto juricista romano de la justicia de Dios. El juicio escatológico no será más que la sanción definitiva de Dios de aquello que el hombre eligió libremente, pero el juicio se va dando a lo largo de la vida. El lenguaje apocalíptico que utiliza el autor de 2 Pe es solo un vehículo literario para transmitir su mensaje exhortativo hacia la conversión permanente del cristiano y no debemos atorarnos en el lenguaje echando a volar la imaginación y haciendo decir al autor bíblico cosas ajenas a su pensamiento. Sin embargo, lejos de diluir la seriedad del juicio y la posible condenación eterna, esta forma de entender el juicio acentúa la responsabilidad humana ante la oferta graciosa de Dios en el decurso histórico: ***“Por lo tanto, queridos, en espera de estos acontecimientos, esforzaos por ser hallados en paz ante él, sin mancha y sin tacha”***



El **Evangelio de Marcos** nos revela que las promesas anunciadas en tiempos antiguos han llegado a su cumplimiento y un nuevo principio, una nueva creación ha sido hecha; “los cielos nuevos y la tierra nueva” son ya una realidad, que la auténtica buena noticia para los hombres, el consuelo prometido vive ya en medio de ellos ¡Es Jesús mesías, Hijo de Dios! Y por eso es el tiempo de la preparación, las dilaciones no tienen más cabida, la conversión es urgente pues el esposo esperado por fin ha llegado para sumergir a su amada en el torrente salvífico de la vida intradivina. No más “advientos” convertidos en frenético consumismo o en fiestas paganas disfrazadas de piedad; preparemos la llegada del Señor encarnado con un auténtico espíritu cristiano pues el bautismo con Espíritu es ya juicio de Dios, exigencia de una postura definitiva. Vayamos pues del consuelo y la esperanza al compromiso con el que es el más fuerte y al cual no somos dignos de desatarle la correa de las sandalias.

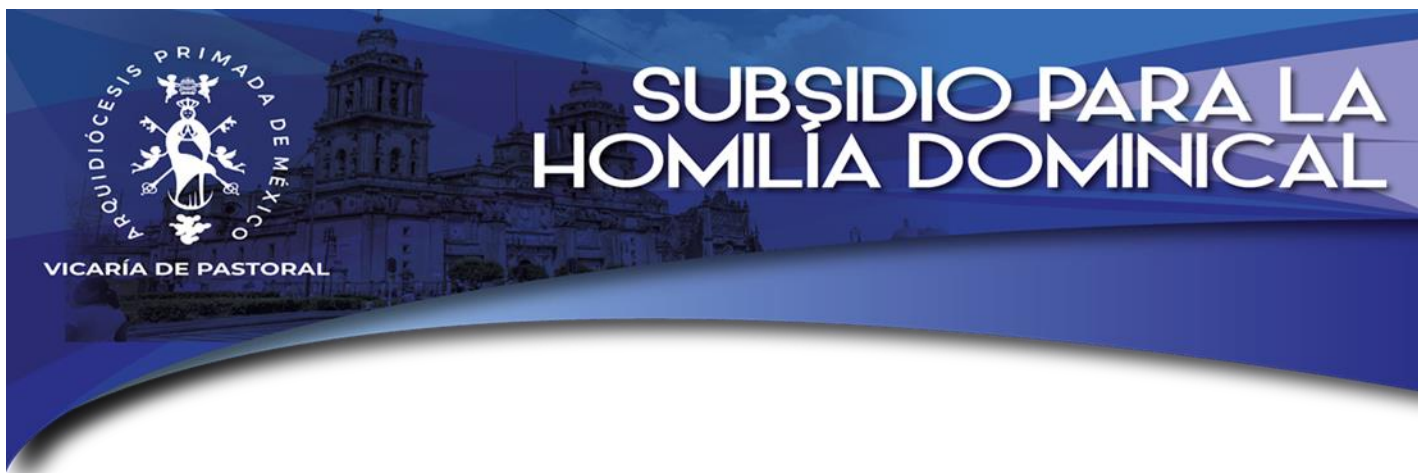




SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- Decía Benedicto XVI que un factor fundamental en el proceso espiritual del Adviento es el reconocimiento del propio pecado. Una acción concreta en esta línea podría ser el de preparar un buen examen de conciencia y acudir al sacramento de la reconciliación.
- Una vez que te hayas reconciliado con el Señor, y sabiendo en qué aspectos de tu vida debes convertirte más radicalmente, proponte al menos dos acciones concretas que muestren tu deseo sincero de cambio, y llévalas a cabo en este Adviento.





CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar con este canto, que nos hace reflexionar sobre el evangelio de este 2º domingo de Adviento:

<https://bit.ly/47PnpuA>





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Papa Francisco: Homilía en la misa del 2º domingo de Adviento.

<https://bit.ly/49ThhD8>





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS

¿Alguna vez has escuchado la palabra conversión? ¿sabes de que se trata? Te pregunto porque en este segundo domingo de adviento, las lecturas nos invitan a la conversión. Hagamos un pequeño repaso para situarnos. Las lecturas del domingo pasado nos dejaron ver que Dios escucha las oraciones que clamaban: ¡Ven, Señor! Y Jesús nos invitaba a prepararnos: ¡Dios va a llegar, Dios viene en camino! Este domingo también se nos invita a prepararnos a través de la conversión, por eso te invitamos a hacer un ejercicio en casa:

En un momento de calma plática con Jesús y cuéntale qué responderías a las siguientes preguntas, recuerda que debes hablarle con toda sinceridad:

- ¿Hay en mi corazón, sentimientos de enojo, rechazo o incluso odio hacia alguien?
¿Por qué?
- ¿He insultado o lastimado a alguien?
- ¿He dejado de ayudar a alguien que necesitaba mi ayuda?

Después pídele a Jesús que te ayude a transformar tu corazón, para que puedas prepararte adecuadamente y recibirlo.

La conversión supone seguir una serie de pasos que te comparto a continuación:

1. Hay que reconocer que has fallado y has hecho algo que no le gusta a Jesús y te aleja de él,
2. Pedir la ayuda que necesitas para dejar de hacer todas esas cosas que te alejan de Jesús.
3. Aceptar a Jesús como tu maestro y al mismo tiempo como tu amigo.

Si sigues estos pasos tendrás una muy buena preparación para el gran acontecimiento que se aproxima: ¡La Navidad! Te deseamos una muy buena preparación. ¡Feliz domingo!





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

Querido adulto mayor: el profeta Isaías anunció que un mensajero prepararía el camino de Jesucristo. Juan Bautista allanó el camino del mesías, sus palabras fueron contundentes: *"Ya viene detrás de mí uno que es más poderoso que yo, uno ante quien no merezco ni siquiera inclinarme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo"*. El mensajero preparó el camino del mesías, el advenimiento de la justicia, de la verdad, del amor y de la paz. Sin embargo, quiero decirte, querido adulto mayor, que nosotros no debemos estar esperando sentados, sin hacer nada, al contrario, Jesús quiere que nuestra espera sea activa, haciendo lo que nos toca como dijo en el evangelio de Marcos. No sea que cuando llegue el Señor nosotros no tengamos aceite para nuestras lámparas, es decir, que nosotros no estemos preparados. Imagina que Jesús te pregunta cada día "¿qué has hecho por el más pequeño de los míos?" Estos días de Adviento son, para nosotros los cristianos, días de reflexión, de análisis, de acción, de activa espera. Te invito a que reflexiones, a que esperes activamente, a que seas un cristiano en acción.

Allanar el camino del Señor significa vivir, pensar y, sobre todo, actuar como cristianos en todo momento y lugar. Como padres y madres de familia es nuestra responsabilidad enseñar con el ejemplo y con la palabra. Que nuestros hijos y seres queridos vean en nosotros congruencia entre el decir y el hacer. El Adviento ha comenzado, aprovechemos estos días para reflexionar, para reconocer los errores que hemos cometido, pero más importante, corregirlos, pedir perdón. Invitamos a los padres y madres de familia a formar un círculo de amor y verdad en casa, de justicia y de paz. Que nuestros seres queridos



vivan un Adviento significativo, lleno de oración y de tiempo en familia. La familia cristiana es la unidad básica de nuestra religión, de la iglesia y de la sociedad. Deseamos que cuiden y valoren su familia, ya sea grande o pequeña; es única e irrepetible porque está formada por cada uno de ustedes y de sus seres queridos. Que sean ustedes como pastores de su rebaño, que cuiden a los más pequeños, a los débiles, a los enfermos, y que se alegren de ser guías de sus familias.





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL

Conversión en alegría

Las lecturas que se nos ofrecen este domingo son especialmente esperanzadoras. Comenzamos con el capítulo 40 de Isaías, el canto del consuelo. El contexto histórico de dicho texto es el momento en que el pueblo de Israel es liberado de Babilonia y emprende el camino de regreso a la patria, en donde habrán de reconstruirlo todo. Es el anhelado momento que tanto habían esperado. Por eso comienza con esas bellas palabras: “¡Consuelen, consuelen a mi pueblo!, dice nuestro Dios. Hablen al corazón de Jerusalén y díganle a gritos que ya terminó el tiempo de su servidumbre”.

El profeta invita al pueblo a preparar el camino para la llegada del Señor, el libertador, que llega a consolar y a restaurarlo todo: “Aquí esta su Dios. Aquí llega el Señor lleno de poder, el que con su brazo lo domina todo. Como un pastor apacentará su rebaño; llevará en sus brazos los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres”. Es de hacer notar la aparente contradicción entre las imágenes utilizadas por el profeta: un rey poderoso, que tiene el dominio de todo y que, sin embargo, no ejerce su poder destruyendo o sometiendo, sino abrazando con ternura un corderito recién nacido.

Y es que esta es precisamente la nota característica del adviento: se nos invita a preparar el corazón para la llegada de nuestro salvador, que no viene con violencia a someternos, sino que nos invita a dejarle a entrar suavemente al corazón. La fuerte llamada a la conversión a la que nos invita la liturgia de este domingo tiene su tono característico en la alegría: no es un llamado amargo a la conversión, sino la alegre



bienvenida del salvador; no se pone el acento en los muchos pecados y errores de los que hemos de convertirnos, sino en la llegada del gran libertador, que nos conoce, nos sostiene y nos redime. He aquí una gran enseñanza para nuestra vida: ¿quieres alcanzar la conversión? ¿quieres dejar atrás viejos pecados, defectos, vicios, malas maneras de ser? ¡Deja de mirarte tanto a ti mismo! ¡Mira a Jesús, que viene a salvarte!

En el evangelio, Juan el Bautista encarna este mensajero con cuya voz el Señor quiere preparar los caminos para su llegada. Juan habla con elocuencia con sus palabras y también con su propia vida. El mensaje de Juan el Bautista no se limita a ofrecer su testimonio de un estilo de vida sobrio, sino que va más allá, con un enérgico llamamiento a la conversión. Sus palabras mueven a llevar a cabo un profundo cambio interior que comienza por el reconocimiento y la confesión de los propios pecados. En este tiempo de Adviento su figura y su predicación nos invitan a entrar en nosotros mismos para hacer un examen sincero de nuestra vida y preparar el camino del Señor, rectificando nuestros caminos en todo lo que nos hayamos apartado de Él. Pero íntimamente unido a este llamado a la conversión, el mensaje de Juan el Bautista es un llamado a la esperanza llena de alegría, esperanza de que ya está a la puerta aquel que puede salvarnos.

Este texto es un buen pretexto también para agradecer a los distintos Juanes que Dios ha enviado a nuestra vida, las personas que nos han movido a estar más cerca de Dios, pero también es una buena ocasión para preguntarnos: y yo ¿Estoy siendo Juan para alguien más?

